

18, noviembre, 2005

A todas las comunidades

Queridos hermanos y hermanas:

Durante los meses de este año hemos simultaneado la celebración del *Año de la Eucaristía y el Año de la Inmaculada*, recordando con gratitud el 150º aniversario de la Definición Dogmática de este misterio.

Nos hace bien recordar que María fue creada y maravillosamente preparada, Inmaculada, para darnos al Señor. El Cuerpo verdadero de Jesús, nacido de María, es el que recibimos en la Eucaristía. Y en todas las celebraciones la recordamos, la tenemos presente con gratitud y cariño.

Repasar despacio el capítulo 8 de la Constitución de la Iglesia nos hace bien para acercarnos al corazón y a la grandeza de María. Llega a decir el Concilio que, mirándola a Ella, la Iglesia se conoce, se reconoce. Y la primera mirada, leyendo las páginas del Nuevo Testamento, se detiene en la Inmaculada, “enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular”.

Ese resplandor, a través de los siglos ha iluminado a la Iglesia, que se ha visto llamada a la santidad y a la obediencia a Dios. Ese resplandor, por eso, ha llegado a los fieles, que han celebrado con gozo a la Inmaculada, la quieren, sienten gratitud y admiración por Ella, les atrae, les alienta. Es Alguien de nuestro pueblo.

De Ella seguimos aprendiendo a obedecer a Dios, a acoger a Jesús, a dejarnos invadir del Espíritu. Aprendemos también a amar entrañablemente a la Iglesia. El Concilio repite la expresión de que María se “entregó totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo”. Es una bella definición de la Iglesia.

Es, además, nuestro año de la “llamada”. En María es patente la fuerza de la vocación, cuando es acogida con fe, con humildad, con gratitud sincera. Es, para nosotros, otro destello del resplandor de la Inmaculada.

He de decir también que, cuando hablamos de la Inmaculada, en el corazón de cada sacerdote de la Diócesis reviven recuerdos, se aclaran los sentimientos, se reafirma la fidelidad al Señor y a la vocación. Porque la Inmaculada es Patrona querida de nuestro Seminario y a Ella, con San Miguel, lo tenemos confiado. Cuando recordéis a la Inmaculada, elevadle una oración sentida por nuestro Seminario Diocesano.

Acogemos hoy este resplandor de la Inmaculada. Sin duda da luz a nuestro camino, amenazado de nieblas fuertes, de egoísmos, de miradas cortas. Nada de lo que hemos rezado y realizado en este año por la Inmaculada ha de perderse. Recojamos todo al momento de clausurar este año especialmente dedicado a Ella.

Muchas parroquias y comunidades se reúnen para celebrar la Vigilia de la Inmaculada. Son muchos los jóvenes, que la quieren, porque se sienten atraídos por Ella y velan en la noche del día 7 de diciembre. Con estas vigiliias y con la celebración solemne de su fiesta cerraremos este año dedicado a Ella. Tened una mención de la clausura en cada parroquia o comunidad.

Una mención, que es de agradecimiento. Y tened también una oración para pedirle a Nuestra Señora por la Iglesia Diocesana, que crezca en fidelidad a su Señor, que anuncie a Cristo con limpieza y sin rubor, como Buena Noticia para Alicante, que el Espíritu la enriquezca con carismas y vocaciones de consagración. Pidámosle que alimente su fuerza con la Eucaristía, con los Sacramentos, con la oración, que le aumente el amor a todos los hombres y el servicio a los más pobres, a los emigrantes, como buena samaritana, que consolide nuestra comunión fraterna y con la Iglesia Universal, que afiance el apostolado de los laicos, que nos dé coraje y alegría en el corazón, y gran esperanza, que mantenga abierto el horizonte misionero hacia el mundo entero. Pidamos también que en la Iglesia crezca la pasión por buscar a los alejados, y que se afiance el espíritu ecuménico. Que la Iglesia Diocesana sirva a su Señor, Jesucristo, y así hará bien a nuestro Alicante. Que el resplandor de la Inmaculada nos empuje cada día.

Mi despedida es de hermano en el Señor,

+ *F. J. J. J.*